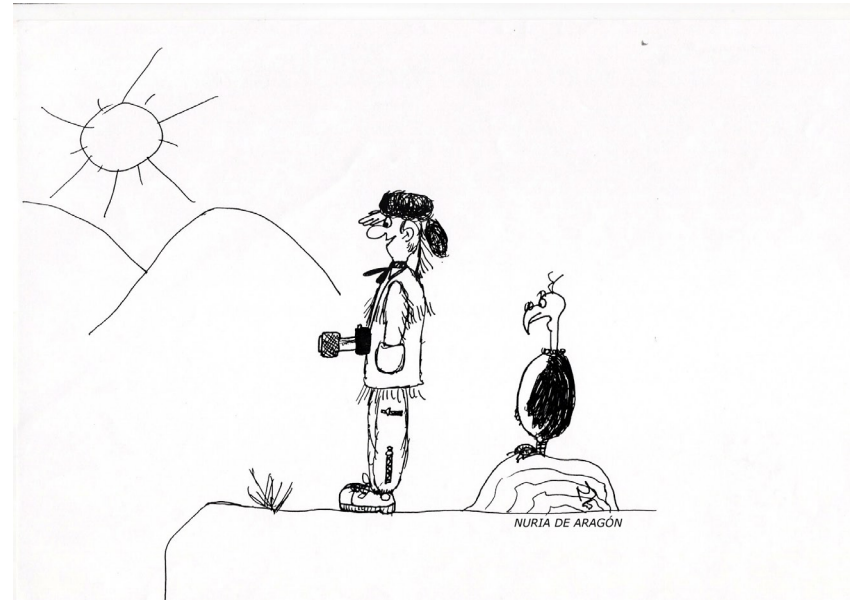


Pues, Señor, esto era una persona de esas de capital resignada a las aglomeraciones diarias, a los ruidos, al asfalto y al humo; era una persona fea porque feo es el síndrome urbanita que distorsiona nuestra parte natural. Pero su aspecto y resignación se limitaban a los días que necesariamente tenía que estar en la ciudad, ya que al llegar el fin de semana cambiaba su atuendo por el de un “aguerrido explorador” en busca de naturaleza, de paz y del gratificante silencio de la soledad elegida.

No podemos saber qué fuerzas ocultas le forzaron un día a poner el pie en una tierra desconocida; quizás fue el destino, quizás los comentarios de un amigo o, con mucha mayor probabilidad, su estupidez e ignorancia que le hicieron extraviarse en una carretera y, sin querer, aparecer en Soria.

Sea lo que fuere, nuestro explorador, ávido de sensaciones, penetró en el sur de la provincia y comenzó a sentir colmados sus deseos mientras recorría el territorio en cuestión: ¡Qué placer suponía encontrarse entre cañones, acompañado de curiosos buitres, de liebres, zorros y corzos! Y decidió poner un nombre a cada uno de esos animales, por lo que, realizando supremos esfuerzos de memoria, se dijo: “Creo haber visto ese bicho en la televisión y se llama ciervo sin cuernos; ¡Ah, aquel debe ser una especie de conejo grande con largas orejas!; el zorro no se le despintó porque la cola era como las que veía en los grandes almacenes y solucionó lo del buitre, el más difícil, cuando oyó a un habitante de la zona hablar sobre él.

En realidad no supo muy bien lo que decía aquel señor, pues empezó creyendo que hablaba otro idioma. Ocurrió al recorrer una garganta, cuando ante sus ojos apareció un pueblecito que parecía estar colgado sobre el barranco. El sitio era impresionante y en un alarde de deducción, presu-



miblemente congénita, nuestro viajero opinó: “Curiosa provincia ésta que hace lo posible por mantener lugares así y a la gente que los habita”.

Y fue cómo hizo el primer contacto con un soriano. La conversación versó Dios sabe sobre qué, ya que nuestro protagonista no se enteró de nada, llegando inicialmente a la conclusión de que, o bien el idioma era distinto, o la forma de hablar el castellano en esa tierra era diferente a la suya. Incluso llegó a ocurrírsele (nada se le pone delante a un urbanita) hacer algunas preguntas en francés o inglés, pero se contuvo al creer entender que el ininteligible ser preguntaba si iba de paso. Armado de una sonrisa circunstancial y un falso aplomo contestó que sí, después de lo cual siguió una escueta disertación, por parte del oponente, de la que sólo consiguió extraer los vocablos cañón y buitre. En fin, y aprovechando un alto del susodicho orador, nuestro hombre dio las gracias y añadió algo sobre una prisa inusitada.